



ARTÍCULOS

**AFEMINADOS, AGRESIVOS Y PELIGROSOS SEXUALMENTE:
EL DISCURSO ANTICLERICAL SOBRE LOS HOMBRES
CATÓLICOS EN ESPAÑA (1885-1936)***

**Effeminate, Aggressive, and Sexually Dangerous: The Anticlerical
Discourse on Spanish Catholic Men (1885-1936)**

Alejandro Camino

Universidad Autónoma de Madrid

caminorodriguezalejandro@gmail.com

Orcid: 0000-0003-1532-8239

Recibido: 19-11-2021 - Aceptado: 22-06-2022

Cómo citar este artículo/Citation:

Alejandro Camino, "Afeminados, agresivos y peligrosos sexualmente: el discurso anticlerical sobre los hombres católicos en España (1885-1936)", *Hispania Nova*, 21 (2023): 1 a 30.

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2023.7291>

Copyright: © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

Resumen: A finales del siglo XIX y en las primeras décadas de la centuria siguiente, los sectores anticlericales en España desplegaron un doble discurso sobre los hombres católicos, en especial los eclesiásticos. Les presentaron como personas afeminadas, mansas, cobardes y sumisas y, a la vez, como peligrosas sexualmente (solo en el caso de los eclesiásticos), irracionales y agresivas. A pesar de la apariencia, ambas caracterizaciones no solo no eran contradictorias, sino que eran complementarias. Respondían al objetivo de desvalorizar la figura del hombre católico y de la masculinidad católica y, a la vez, de alertar de sus peligros. La principal preocupación que tenían los sectores anticlericales era que los curas controlasen la voluntad de las mujeres de su familia, pues entendían que, si eso ocurría, lo que estaban haciendo en realidad era

poner coto a su autoridad como cabezas de familia.

Palabras clave: Religión, catolicismo, anticlericalismo, masculinidad, España

Abstract: At the end of the 19th century and in the first decades of the 20th century, the Spanish anticlerical sectors developed a double discourse on Catholic men, especially ecclesiastical ones. Catholic men were presented as effeminate, meek, cowards and submissive. At the same time, were defined as sexually dangerous (only the priests, not the pious men), irrational, and aggressive. Both characterizations were not contradictory. In fact, were complementary. This strategy had the main goal of devaluing the figure of the Catholic man and Catholic masculinity. Besides, it was aimed to warn about the dangers of the ecclesiastical men. The Spanish anticlerical

sectors were concern about the priests could control the will of the women of their family. They thought that, if that happened, the priest would be limiting the authority of men as heads of

the family.

Keywords: Religion, Catholicism, anticlericalism, masculinity, Spain.

INTRODUCCIÓN

La feminización del catolicismo, al menos discursivamente, fue conformándose progresivamente a lo largo del siglo XIX. Según Caroline Ford (2005), la actitud de los sectores anticlericales ante este proceso contribuyó a convertir a la laicidad en un aspecto central de la identidad masculina burguesa y republicana de finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX¹. Durante este periodo, los sectores anticlericales en España desplegaron un doble discurso sobre los hombres católicos, tanto eclesiásticos (especialmente) como seculares. Por la influencia del imaginario moderno transnacional, se configuró en el anticlericalismo español un discurso que planteaba la existencia de una dicotomía de elementos casi antagónicos entre, por un lado, la feminidad, la religiosidad y el sentimiento y, por otro lado, la masculinidad, la laicidad y la razón. Por ello, virtudes o características cristianas como la humildad, la abnegación, la obediencia a la autoridad, el perdón o la piedad fueron asignadas a la feminidad (o a una desviación de la masculinidad). Según este criterio, los hombres católicos no poseían los rasgos que los sectores anticlericales consideraban como masculinos, mientras que eran garantes de otros que valoraban como femeninos. El discurso anticlerical, entonces, emasculó a los hombres católicos, al poseer algunas de las características que asociaban a las mujeres.

* Este artículo se enmarca en el proyecto «Identidades en movimiento. Flujos, circulación y transformaciones culturales en el espacio atlántico (siglos XIX y XX)» (PID2019-106210GB-I00).

¹ Caroline Ford, *Divided houses. Religion and gender in modern France*. (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2005). Para profundizar sobre la feminización y remasculinización de la religión en España: Raúl Mínguez, “¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica”, *Historia contemporánea*, 51 (2015): 397-426; Inmaculada Blasco, “¿Re-masculinización del catolicismo? Género, religión e identidad católica masculina en España a comienzos del siglo XX”, ed. por Inmaculada Blasco, *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*. (Valencia: Tirant humanidades, 2018), 115-136.

De forma paralela, estos planteamientos se entremezclaron con otros que presentaban a los eclesiásticos como sujetos sexualmente activos capaces de seducir a cualquier mujer católica, en especial si esta era feligresa. Para explicar la doble vertiente del discurso anticlerical sobre los hombres católicos, sobre todo de los eclesiásticos, sería sencillo apelar a que se trataba de una contradicción poco reflexionada por parte de quienes la propagaban. Sin embargo, ambos niveles discursivos no solo no eran contradictorios, sino que eran complementarios y podían coexistir porque tenían la misma finalidad: alertar de los peligros de la masculinidad católica y desvalorizar la figura del hombre católico, en especial del eclesiástico.

El objetivo principal del texto es analizar la forma en la que los sectores anticlericales españoles, sobre todo los republicanos y los socialistas, intentaron, en su aspiración a la hegemonía, desprestigiar a los católicos, eclesiásticos y piadosos laicos, y cuestionar su masculinidad. Los anticlericales consideraron que, para que su proyecto político y social tuviese éxito, era importante que los eclesiásticos y los hombres piadosos perdiesen toda o parte de su credibilidad². El estudio de esta cuestión, al ser un análisis discursivo, voy a realizarlo fundamentalmente a través del manejo de fuentes hemerográficas y literarias. Los periódicos y las novelas son dos de los ámbitos en los que las personas de la época tuvieron mayor libertad para construir un relato sobre los rivales políticos que los desprestigiase y los presentase como una otredad. Evidentemente, la cuestión estudiada no fue la única estrategia que los sectores anticlericales utilizaron para lograrlo, pero sí es una de las más importantes, por lo que merece ser valorada con detenimiento atendiendo a su complejidad y a la recepción que tuvo entre los propios sectores católicos.

Para analizar este fenómeno con precisión, por tanto, es necesario tener presente que, desde finales del siglo XIX, buena parte de los hombres católicos asumieron como parcialmente válidas las propuestas discursivas de las culturas políticas anticlericales que asociaban, por un lado, el sentimiento y la piedad a lo femenino y, por otro, la razón y la falta de religiosidad a lo masculino. Sobre todo, los propios hombres católicos aceptaron la noción de que la piedad cotidiana (acudir regularmente a la iglesia a misa o

² Aunque a rasgos generales compartieron el mismo pensamiento, existieron algunas diferencias entre las estrategias de los republicanos y de los socialistas -por supuesto, también de los anarquistas, que en este artículo no se analizan- para desprestigiar a los hombres católicos. Sin embargo, por razones de espacio estas diferencias no podrán mostrarse más que brevemente en momentos puntuales del texto.

a comulgar) no era algo apropiado para los verdaderos hombres, por entender que era algo particular de las mujeres. En especial, fueron reacios al precepto de la confesión, por la asimilación de la crítica anticlerical que incidía en que esa práctica implicaba ser controlado por otros hombres y suponía una pérdida de virilidad. Que esta era la causa queda evidenciado por los datos que demuestran que los hombres católicos estaban más dispuestos a confesarse cuando acudían confesores de fuera de la localidad³. Para reaccionar frente a las propuestas secularistas y evitar que fuesen asimiladas por los hombres piadosos, durante el primer tercio del siglo XX algunos sectores católicos impulsaron una estrategia de remasculinización de la religión, la cual buscaba asignar a la masculinidad cualidades como la piedad, la abnegación o el perdón⁴.

EL PELIGRO SEXUAL DE LOS CURAS

Los sectores anticlericales (liberales, republicanos o socialistas) realizaron un esfuerzo discursivo para evitar que los curas influyesen sobre las mujeres de sus culturas políticas. Por el impacto de la tesis de la feminización de la religión, presuponían que ellas eran más piadosas que los hombres y más fácilmente influenciables, incluso controlables, por los eclesiásticos. El discurso anticlerical frecuentemente representó a las mujeres como personas completamente dominadas por el clero, lo cual reflejaba la preocupación de los hombres liberales, socialistas y republicanos por que la Iglesia católica influyese de forma excesiva sobre las mujeres de sus familias. Esta inquietud, que generó conflictos entre los hombres anticlericales y los hombres religiosos, laicos o

³ Elena Gómez Lozano, *Las misiones populares en Navarra (1863-1923)*. (Tesis Doctoral, Universidad Pública de Navarra, 2018): 283.

⁴ Inmaculada Blasco, “¿Re-masculinización del catolicismo? Género, religión e identidad católica masculina en España a comienzos del siglo XX”, ed. por Inmaculada Blasco, *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*. (Valencia: Tirant humanidades, 2018), 115-136; Pilar Salomón, “‘Armémonos de valor; y por Dios y por la Patria, adelante’: Definir una masculinidad para la regeneración nacional católica finisecular”, ed. por Inmaculada Blasco, *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*. (Valencia: Tirant humanidades, 2018), 93-113; María Cruz Romeo, “El otro género de la religión: masculinidad católica en la España isabelina”, ed. por Inmaculada Blasco, *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*. (Valencia: Tirant humanidades, 2018), 69-91.

eclesiásticos, fue ampliamente abordada en la literatura de la Restauración⁵. Por ejemplo, en *El Intruso* (1904), de Vicente Blasco Ibáñez, el autor representó una lucha entre los anticlericales y los jesuitas, que actuaban ocultos ante los maridos en la intimidad del confesionario. Esta situación afectaba al honor del hombre liberal, al alcanzar en este acto su máximo grado de humillación, que era “el adulterio moral”⁶.

Siguiendo una tradición anticlerical de índole popular preexistente al siglo XIX en los países católicos, una de las principales estrategias que los hombres anticlericales españoles desarrollaron para evitar que los curas y los sacerdotes influyesen sobre las mujeres, fue difundir la noción de que estos eran muy lujuriosos y de que tenían una sexualidad agresiva y/o perversa⁷. Las denuncias anticlericales a la supuesta lujuria y promiscuidad del clero hacia las mujeres ocuparon un lugar destacado en la propaganda política y social de estas culturas políticas a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX: “Y sin embargo de ser tan aficionados [los curas] a las faldas, no hay muchos que demuestren inclinación al matrimonio”⁸. Los tipos de argumentos utilizados quedan bastante claros en dos artículos publicados en 1931 en un periódico socialista de Menorca. En el primero, se aseguraba que “Muchos religiosos suelen ser furibundos misóginos, de sexualidad primitiva, sádica, que exige el total sometimiento de la mujer. Poséen a nuestro juicio, una psicología sexual semejante a la de los gallos y

⁵ Jo Labanyi, *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel*. (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 2000): 91-262; Enrique A. Sanabria, *Republicanism and Anticlerical Nationalism in Spain*. (New York: Palgrave MacMillan, 2009): 123-149.

⁶ Para un análisis sobre estos aspectos de la obra: Mercedes Arbaiza, “‘Perder el miedo a Dios’. Masculinidad moderna y *emoción liberal* en España a través de relatos literarios (1900-1931)”. *Historia Social*, 100 (2021): 107.

⁷ Cecilia López Ridaura, “Frailes y curas libidinosos en la antigua lírica popular hispánica”, *Revista de Literaturas populares*, 14 (2014): 385-412; Manuel González Rincón, “La crítica sexual anticlerical en el Apókopos de Bergadís: la *Sollicitatio* durante la confesión”, *Byzantion nea hellás*, 29 (2010): 113-133; Jorge René González Marmolejo, *Sexo y confesión. La Iglesia y la penitencia en los siglos XVIII y XIX en la Nueva España*. (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés, 2002); Adelina Sarrión Mora, *Sexualidad y confesión. La solicitud ante el Tribunal del Santo Oficio (siglos XVI-XIX)*. (Madrid: Alianza Universidad, 1994); Gérard Dufour, *Clero y sexto mandamiento. La confesión en la España del siglo XVIII*. (Valladolid: Ámbito, 1996); Stephan Haliczzer, *Sexualidad en el confesionario (un sacramento profanado)*. (Madrid: Siglo XXI, 1998): 234-235.

⁸ *La humanidad: periódico semanal*, 4 de noviembre de 1871, p. 5. Ver también: *Justicia social. Órgano de la Federación Socialista Menorquina y de la Federación Obrera de Menorca*, 1 de julio de 1933, p. 1. Para ampliar sobre esta cuestión: Pilar Salomón, “Beatas sojuzgadas por el clero: la imagen de las mujeres en el discurso anticlerical en la España del primer tercio del siglo XX”, *Feminismo/s*, 2 (2003): 41-58.

por esa prefieren el celibato al matrimonio que aconsejan el resto de los humanos”⁹. En el segundo, dicen que admiten “la utilidad que presta a la Iglesia el celibato clerical, pero reconocemos, asimismo, el perjuicio que ocasiona a los incautos maridos de las 'consagradas' cuando no daña a los abstinentes ocasionales provocándoles aberraciones sexuales y perturbaciones psíquicas”¹⁰.

Según los anticlericales, los curas se esforzaban por controlar a sus feligresas en todos los ámbitos de su vida, pues eran sujetos fundamentales para sus intereses por una doble razón. Por un lado, con ellas intentaban satisfacer sus deseos sexuales reprimidos por el voto de castidad y, por otro lado, buscaban dominar su conciencia y, a través de ella, controlar la de todos los miembros de su familia. Esto implicaba, siguiendo el discurso anticlerical, que los maridos o padres cuyas mujeres o hijas acudían con frecuencia a confesarse corrían el riesgo de perder toda la autoridad marital y parental sobre ellas. Como ha señalado Salomón, dentro de esta crítica general la confesión fue presentada como el momento más peligroso, porque la intimidad que permitía entre el confesor y las feligresas podía dar lugar con mayor facilidad a que se produjesen manipulaciones sexuales y/o mentales¹¹. Esta crítica se sustentaba en la idea de que la confesión otorgaba al clero un acceso a las mujeres que no estaba al alcance de los demás hombres, incluido los católicos.

El discurso sobre la sexualidad de los curas, que puede englobarse en una lucha más general entre el clero y los hombres anticlericales por el control de las mujeres piadosas, ha sido el aspecto que más han analizado los estudios que han indagado en la crítica de los sectores anticlericales a los curas¹². En la segunda mitad del siglo XIX hubo gran cantidad de novelas que representaron a la figura del eclesiástico como una persona activa sexualmente y con capacidad de enamorarse de feligresas. Este es el caso de dos de las principales novelas españolas del periodo: *Pepita Jiménez* (1874), de Juan

⁹ *Justicia social. Órgano de la Federación Socialista Menorquina y de la Federación Obrera de Menorca*, 10 de octubre de 1931, p. 4.

¹⁰ *Justicia social. Órgano de la Federación Socialista Menorquina y de la Federación Obrera de Menorca*, 22 de agosto de 1931, p. 1.

¹¹ Pilar Salomón, “Beatas sojuzgadas por el clero...”, *op. cit.*: 49-50.

¹² José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo: Lerroux y la demagogia*. (Alianza, 1990): 402; Luz Sanfeliu, “Ser hombre, ser ciudadano: identidades masculinas en el blasquismo”, *Millars: Espai i historia*, 32 (2009): 53-69.

Valera, y *La Regenta* (1884-1885), de Leopoldo Alas, Clarín. En la primera, Valera narra como el seminarista Luis de Vargas se enamora de la viuda Pepita Jiménez y cede ante las pasiones, anteponiéndolas a su vocación religiosa. En la segunda, Clarín relata como el Magistral Fermín de Pas, que es el confesor Ana Ozores, cuando se enamoró de ella intentó aprovechar la información privilegiada de la que disponía para tratar de conquistarla¹³.

Otro ejemplo representativo, en este caso menos conocido, es el de la novela médicosocial *El cura* (1885), de Eduardo López Bago. En la trama, el cura don Fermín explicó a su homólogo Román que él tenía una relación con Anita, a la que presentaba en público como su sobrina con el objetivo de evitar habladurías, y le recomendó que hiciese lo mismo: “Mientras la cuestión del celibato no se resuelva, haga usted lo que hacemos todos aquellos que atentemos a conservar la pureza compatible con lo humano. Guarde Ud. las apariencias. Por mi sistema no se llega nunca al escándalo; por el que usted sigue por ese casi siempre”¹⁴. Finalmente, para evitar tentaciones Román se fue a vivir con su hermana Gracia, pero la promiscuidad y el deseo sexual le llevaron a cometer algo tan grave como era un incesto:

Gracia, que dormía siempre dejando encendida delante del Niño Jesús la lamparilla de aceita, aquella noche habíase quedado a oscuras. ¡A oscuras! ¿Y por qué? ¡No! El no quería la oscuridad ni las tinieblas. No sentía ya sino que el sol no pudiera dejarle ver lo que iba a realizar.

Llegó a la cama de matrimonio donde reposaba la doncella. ¡La cama de sus padres! En aquel momento vino a su memoria lo mismo que quisieron modular los labios el día en que dijo su primera misa. [Entonces] Levantó el embozo que ocultaba el cuerpo de la virgen¹⁵.

El discurso anticlerical presentó que la lujuria del clero era peligrosa para las mujeres casadas, y los anticlericales estuvieron preocupados por la posibilidad, que consideraban elevada, de que los sacerdotes intentasen seducir a sus mujeres o a sus hijas. Sin embargo, también es cierto que pensaban que las mujeres más susceptibles de

¹³ Un breve, pero preciso, análisis de *La Regenta* en lo referente a estas cuestiones: Raúl Mínguez, “¿Curas viriles? El padre Claret y la masculinidad sacerdotal en la España del siglo XIX”, *Ayer*, 126 (2022): 160-161.

¹⁴ Eduardo López Bago, *El cura (caso de incesto)*. (Madrid, Juan Muñoz y Compañía, 1885): 107.

¹⁵ *Ibidem*: 254.

ser objeto de estos deseos sexuales eran las amas de los curas y las beatas¹⁶. Desde la perspectiva anticlerical esto no restaba importancia a la cuestión, pues fue presentada como una muestra más de que los curas no eran personas de fiar, al ser incapaces de cumplir sus propios votos. Las afirmaciones anticlericales, eso sí, no eran necesariamente ciertas. Lo relevante, en cualquier caso, es que las críticas demuestran que lo que a los anticlericales más les preocupaba era que los eclesiásticos tenían una forma de acceso a las mujeres que ellos no. El objetivo de los más destacados anticlericales con la difusión de esta serie de ideas sobre los eclesiásticos era, por encima de todo, minar la autoridad y ascendencia que el clero tenía sobre la sociedad, por interés político¹⁷.

El componente sexual de las denuncias anticlericales sobre los curas era algo tan dominante en España que algunos extranjeros, durante la década de 1930, resaltaron este aspecto del clero español en relación con los eclesiásticos católicos de otros países. Por ejemplo, Ilya Ehreburg señaló que, a diferencia de Francia, los curas en España no tenían límites: “En la aldea, el cura encuentra en seguida una muchacha guapa y pobre [...]. La elegida es su criada. Después de servirle de día, le sirve de noche. Cuando se cansa de ella, toma otra”¹⁸. Los encuentros sexuales de los eclesiásticos fueron habitualmente narrados no solo en las novelas, sino también en la literatura erótica del periodo entreguerras¹⁹. Mención especial merece la película muda pornográfica *El confesor*, atribuida a los hermanos Baños y datada en torno a 1920, en la que se muestra a un cura pervirtiendo el voto de celibato en múltiples ocasiones (con una criada y

¹⁶ *La Región cántabra. Semanario republicano democrático federal de intereses regionales de Cantabria*, 22 de marzo de 1913, p. 2. Para profundizar sobre esto: Pilar Salomón, “Beatas sojuzgadas por el clero...”, *op. cit.*: 51-52.

¹⁷ José Álvarez Junco, *El Emperador del Paralelo... op. cit.*, 403; Manuel Pérez Ledesma, “Studies on Anticlericalism in Contemporary Spain”, *International Review of Social History*, 46 (2001): 227-255; Manuel Pérez Ledesma, “José Nakens (1841-1926): pasión anticlerical y activismo republicano”, en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX* (Espasa Calpe, 2000), 301-330.

¹⁸ Iliá Ehreburg, *España, república de trabajadores*. (Madrid: Gijón, 1976 [1932]): 45.

¹⁹ Lily Litvak, *Antología de la novela corta erótica española de entreguerras. 1918-1936*. (Madrid, Clásicos Taurus, 1993): 70.

varias feligresas), con el objetivo de mostrar la hipocresía y las desviaciones de la Iglesia²⁰.

En pleno conflicto a finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX entre clericales y anticlericales por el control de las escuelas, saltaron al debate público casos de abusos pederastas por parte de religiosos/eclesiásticos: “¿Y el miserable que en Barcelona violó a una niña de 6 años, de qué le calificamos? [...] ¡Y aún queda quien vaya al confesionario a entregar a un sacerdote sus secretos más íntimos! ¡Católicos creyentes!, huir, huir de la Iglesia”²¹. Estos casos generaron una indignación popular que la prensa anticlerical se encargó de canalizar y fomentar. Aunque el discurso anticlerical en torno al problema de los curas pederastas se nutrió de una tradición preexistente, los argumentos fueron dotados de nuevos significados para lanzar una campaña de alcance político. En concreto, en la prensa anticlerical las perversiones y las agresiones sexuales de los sacerdotes hacia los menores frecuentemente fueron definidas como una epidemia que representaba un peligro físico y moral para la juventud, pues contagiaban el afeminamiento y/o el homosexualismo entre los varones, propagando la afeminación por todo el país²².

El discurso anticlerical sobre el afeminamiento de los hombres jóvenes se utilizó como argumento clave en la crítica al predominio de la enseñanza religiosa en las escuelas, especialmente de la congregacionista²³. De hecho, se aseguró que esta situación, que tenía consecuencias negativas sobre la virilidad de la juventud en su conjunto, era uno de los elementos que había estimulado la decadencia de España y que había dificultado la modernidad de la nación: “ensotnados o sin sotana, todas esas órdenes religiosas protegidas por la restauración, muy afectas a las clases ricas a las

²⁰ Fernando Sanz Ferreruella, “El confesor, de los hermanos Baños (1920): un singular tratamiento de lo religioso en el cine mudo español”, *Artigrama: Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 18 (2003): 609-640.

²¹ *El sudor del obrero. Órgano de las Sociedades y de la Agrupación Socialista Obrera de esta Ciudad*, 13 de noviembre de 1910, p. 4.

²² Francisco Vázquez-García, “La emergencia del «cura pederasta» y la batalla por la escuela en la España finisecular. El caso del escolapio Doroteo (Pamplona, 1899)”, *Recherches & éducatons*, 19 (2018): s/p; Francisco Vázquez-García, “La campaña contra los sacerdotes pederastas (1880-1912): un ejemplo de «pánico moral» en la España de la Restauración”, *Hispania: Revista española de historia*, 78, 260 (2018): 759-786; Francisco Vázquez-García, “La patologización del celibato en la medicina española (1820-1920)”, *Asclepio: Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, 70 (2018): 231.

²³ Pilar Salomón, “El discurso anticlerical en la construcción de una identidad nacional española republicana (1898-1936)”, *Hispania Sacra*, 54 (2002): 491

cuales dirigen y educan, infiltrando en sus conciencias los venenos más activos y mortales para la moderna civilización”²⁴. Por tanto, para los sectores liberales, republicanos y socialistas, en la lucha por la escuela se jugaba buena parte de la modernidad y de la civilización del país, ya que se presentó constantemente que los colegios religiosos convertían a los niños no en hombres sino “en bestias”²⁵. Incluso, el propio Canalejas, que era profundamente católico, pero anticlerical, aseguró que los niños que se formaban en los centros de enseñanza católicos difícilmente podían llegar a convertirse en hombres modernos²⁶. El caso de Canalejas sirve para resaltar que parte de los anticlericales que difundieron este discurso fueron católicos que no querían que la Iglesia católica española mantuviese su poder y todos sus privilegios. Estos argumentos, además, demuestran que lo que estaba en disputa en última instancia era la lucha por crear un modelo de nación específico, para el cual entendían que era necesario que la influencia social de la Iglesia católica disminuyese.

LA LUCHA CONTRA EL CONTROL Y LA INFLUENCIA DEL CLERO

Los anticlericales, como ya se ha mencionado brevemente, estuvieron muy preocupados por la influencia de los curas sobre las mujeres de sus familias, porque consideraban que implicaba poner coto a la autoridad y a la masculinidad/virilidad de los cabezas de familia. Cuando la esposa era piadosa entendían que ellos corrían el peligro de quedar a merced de la voluntad los sacerdotes, tal y como interpretaban que se encontraban los hombres católicos. Ellos consideraban que los varones católicos, al tener a Dios y a los eclesiásticos como una autoridad superior a su persona, no tenían una potestad plena sobre su familia y sobre su hogar, lo que provocaba que tuviesen más dificultades para establecer una autoridad moral y sexual sobre sus mujeres. La propagandística anticlerical explotó este aspecto y frecuentemente se denominó a los hombres católicos como “borregos de Cristo” y como “mansos de condición”, debido a que entendían que estaban completamente sometidos al Papa y a las autoridades eclesiásticas: “Tienen un jefe y le obedecen; esto es todo [...]. Que el jefe les dice: a la

²⁴ *El Eco de la Fusión. Periódico republicano*, 15 de marzo de 1900, p. 1.

²⁵ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 27 de febrero de 1903, p. 2.

²⁶ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 30 de julio de 1910, p. 3.

derecha. Pues a la derecha. ¿Qué a la izquierda? Pues a la izquierda. ¡Y viva la Pepa, digo, viva el Papa!”²⁷. Como se aprecia en esta cita y en las que siguen, las críticas de los anticlericales a los hombres laicos eran bastante generalistas, pues casi nunca tuvieron como objetivo un determinado grupo. Por ejemplo, apenas hubo críticas específicamente dirigidas a los hombres organizados en el Movimiento Católico, a pesar de su importancia. De esta manera, probablemente, pensaban que cualquier hombre piadoso podía verse interpelado.

En opinión de los anticlericales, los católicos, independientemente de que fuesen más o menos cumplidores de los preceptos religiosos, perdían doblemente su masculinidad porque tenían una dos autoridades por encima: los curas (y Dios) y sus esposas, cuya voluntad estaban guiada por los eclesiásticos:

*Lo que distingue y caracteriza a la generación presente en España es la cobardía [...]. Desde el general más fanático, nadie se atreve nada. Raros son los que se llaman católicos, que ejerzan de tales. Los hombres no van a misa, no confiesan, no creen en muchas cosas, hablan en broma en casinos y cafés de Dios y de los Santos; pero como en la familia española mandan las mujeres, y éstas no tienen más educación que la religiosa, ni más cultura que la de las novelas por entrega o libros de rezo, se imponen a los hombres, y éstos no se atreven a hablar como piensan, y hacen como que se escandalizan cuando se publica un libro independiente o se discute una cuestión religiosa. Los hombres tienen miedo de pensar. Van a misa, no por la misa, sino porque las mujeres de la casa van. Y los jesuitas y los frailes lo saben, y gobiernan en ellas y se ríen de ellos*²⁸.

Un tono más hiriente sobre la virilidad de los hombres, piadosos o no, cuyas esposas acudían a misa fue empleado en una especie de poema de H. Montero, en el que habló de un hombre que “es un pobre desgraciado / que amarrado por la espalda / va conduciendo un pendón / porque le obligan en casa, / pues a la mujer le sobra / lo que al marido le falta”²⁹. Además, expuso que a su mujer “La veréis arrodillarse / a los pies del padre... de almas / [...] y en tanto que el confesor sabe en los *belenes* que anda / la

²⁷ *La Voz del Pueblo. Semanario Republicano Radical*, 14 de julio de 1912, p. 1. Para profundizar en el anticlericalismo y misoginia desde una perspectiva antropológica: Manuel Delgado, *Las palabras de otro hombre: anticlericalismo y misoginia* (Barcelona: Muchnik, 1993).

²⁸ *El Eco de la Fusión. Periódico republicano*, 10 de diciembre de 1899, p. 1.

²⁹ *La Región cántabra. Semanario republicano democrático federal de intereses regionales de Cantabria*, 22 de marzo de 1913, p. 2.

bella, el pobre marido / jamás se entera de nada”³⁰. Con un tono similar, medio año antes de las elecciones generales de 1914, en un texto periodístico se aseguraba que:

*En los púlpitos y en los confesionarios ha empezado igualmente la propaganda electoral. Esta propaganda suele dar muy buenos resultados, pues ya se sabe que camelando a las mujeres se tiene seguro el voto del consorte; y ya nadie ignora que hay hombres tan sencillos, tan dóciles y tan santamente mansos, que en sus casas, más que ellos, manda el buen padre de almas encargado de sacar los demonios del cuerpo de las devotas de buen ver*³¹.

Por este motivo, los sectores anticlericales insistieron en pedir a sus seguidores que hiciesen todo lo posible para impedir que el dominio ideológico de los sacerdotes afectase también a sus familias. Se aseguraba que, si nada se hacía para evitarlo, lo que ocurría en las casas de los hombres católicos podía acabar sucediendo en la de los anticlericales. Para tratar de presentar en la retórica como más inminente el peligro que esto suponía, aseguraron que en el pasado ya se había dado la situación de que los hombres no mandaban en los matrimonios porque “las faldas negras y de púrpura; en que las tocas y sayales todo lo invadían y se ingerían en el sagrado de la familia; en que en muchos matrimonios no era solo el marido el que disfruta de todas las prerrogativas inherentes al cargo; se interpone entre los cónyuges una sombra negra que aparta a la muger de sus sagrados deberes y la convierte en instrumento de bajas y ruines pasiones”³².

Incluso, los sectores anticlericales se esforzaron por asegurar que, mientras ningún hombre católico dejaría que una mujer de su familia profesase una religión o unas ideas políticas diferentes a las suyas, los hombres republicanos y de izquierdas sí lo permitían, lo cual les dejaba en clara desventaja a la hora de luchar para convertir en hegemónico su modelo de sociedad deseado. El problema era que esta permisividad generaba trágicas consecuencias familiares y para el conjunto del país:

los hogares donde el jefe de la familia es hombre avanzado, hombre de izquierdas, allí sólo tiene la libertad un soldado, un soldado que no podrá en todo caso defender su credo político con tranquilidad, porque ese soldado vive gestionado por las gracias femeninas, por las súplicas enternecedoras de un

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *La Región cántabra semanario republicano democrático federal de intereses regionales de Cantabria*, 25 de octubre de 1913, p. 3.

³² *Las Circunstancias. Diario Republicano Gubernamental*, 1 de noviembre de 1904, p. 2.

*adalid con faldas que anda por otros caminos y tiene una misión sagrada que cumplir: atraer a la Iglesia a su marido*³³.

El objetivo de este tipo de postulados era inculcar, en los hombres anticlericales, la noción de que, si sus mujeres eran feligresas, la libertad por la que tanto luchaban en la esfera pública no era posible que la disfrutasen en plenitud en su propio hogar. La implicación que esto tenía para la virilidad de los cabezas de familia era amplia, pues suponía que había un hombre ajeno al núcleo familiar que disputaba su autoridad en su propia casa. Asimismo, aseguraban que las acciones de sus esposas, controladas por los curas, les dificultarían defender sus proyectos políticos y sociales con libertad.

LOS HOMBRES RELIGIOSOS COMO POCO INTELIGENTES E INCIVILIZADOS

Entre los ataques anticlericales hacia los hombres católicos, uno de los más repetidos fue la aseveración de que estos eran personas completamente irracionales y sentimentales³⁴. Sobre todo, fue constante la publicística anticlerical que definía a los hombres piadosos, en ocasiones denominados beatos, como personas simples, de escasísima inteligencia e incapaces de razonar: “los beatos fanáticos, tanto peor educados cuanto más fanáticos, es decir, cuanto más privados de ciencia y de cultura”³⁵. Mientras, los hombres anticlericales eran representados por ellos mismos como todo lo contrario³⁶. Incluso, aquellos hombres eclesiásticos que tenía una alta formación, inaccesible entonces a la mayoría de la sociedad, eran desprestigiados y calificados como escasamente inteligentes: “Pruéblanse las Universidades españolas de jovencillos

³³ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 25 de junio de 1922, p. 1.

³⁴ *El Radical. Diario republicano*, 9 de enero de 1912, p. 1.

³⁵ *La Voz de Menorca. Diario republicano*, 18 de diciembre de 1909, p. 2.

³⁶ *El Menorquín. Órgano republicano federal de la isla de Menorca*, 21 de febrero de 1872, p. 1; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 23 de diciembre de 1902, p. 2; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 27 de febrero de 1905, p. 3; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 28 de febrero de 1910, p. 2; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 10 de abril de 1910, p. 2; *El Radical. Diario republicano*, 12 de abril de 1911, p. 1; *La Voz del Pueblo. Semanario Republicano Radical*, 29 de octubre de 1911, p. 3; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 6 de marzo de 1924, p. 5.

afeminados con olor de sacristía, para quienes la ciencia universal se reduce a la *Summa* de Santo Tomás de Aquino”³⁷.

En la prensa de la época existen abundantes ejemplos, claros y contundentes, de los esfuerzos de los sectores anticlericales por herir en su masculinidad a los hombres católicos negándoles la capacidad de ser inteligentes y racionales. Por ejemplo, un texto que criticaba una carta pastoral del obispo de Urgel aseguró que “un señor obispo que debía ser persona ilustrada es tan tonto que escribe esto creyéndolo, o tan malvado que no creyéndolo trata de sacar partido así de tímidos, ignorantes y beatos, fanatizándolos más”³⁸. Todavía más concisa y agresiva fue una crítica a los santos y mártires del catolicismo:

*Buscad en la lista sin fin de santos y mártires canonizados o de beatos canonizables y no tropezaréis más que con fanáticos recalcitrantes que consumieron su vida en martirios crueles o en suplicios horribles. No veréis que ninguno se distinga por su sabiduría e inteligencia [...]. La mayoría de los santos que figuran en los altares, venerados con éxtasis religioso, no se distinguieron en la vida más que por su ignorancia, poca pulcritud y fanatismo*³⁹.

La consecuencia de esta escasa inteligencia de los hombres católicos españoles, según el discurso anticlerical, era muy grave para España, ya que era una muestra de la falta de civilización del país. En el contexto de las primeras décadas del siglo XX, en el que se estaba debatiendo internamente si España era un país tan civilizado como los países europeos del entorno, los anticlericales intentaron transmitir el mensaje de que los hombres piadosos dificultaban o impedían esta identificación. Incluso, en ocasiones, para tratar de asociar a los hombres católicos con una hipomasculinidad, algunos relatos buscaron presentarles en una posición jerárquica inferior a los hombres musulmanes del norte de África, que se encontraban muy bajos en la jerarquía a nivel internacional desde la perspectiva de los sectores anticlericales españoles. De esta manera lo expuso el republicano Roberto Castrovido: “Se creen católicos y valencianos y son más

³⁷ *La región extremeña. Diario republicano*, 4 de noviembre de 1900, p. 1.

³⁸ *El Menorquín. Órgano republicano federal de la isla de Menorca*, 5 de abril de 1873, p. 1.

³⁹ *El Progreso. Diario republicano*, 21 de noviembre de 1913, p. 1.

bárbaros que los rifeños mahometanos, pues el Islam supone un progreso respecto de la idolatría”⁴⁰.

Este fue un recurso recurrente que emplearon los sectores anticlericales para denunciar la falta de modernidad y de civilización de los hombres católicos, a quienes consideraban como “fieras de la antigüedad” y como un “insulto a la civilización y a la raza”⁴¹. Este tipo de planteamientos también tuvieron cabida en discursos de destacados dirigentes políticos. Por ejemplo, el diputado republicano Félix Azzati aseguró que los hombres católicos que cuestionaban las escuelas laicas estaban “contra la ciencia, contra la cultura racionalista” y que eran “criaturas deformes que, al mirarse en el espejo de la civilización huyen aterradas ante su fealdad, como aterra a los salvajes el relámpago [...]. Los clericales cierran con candados el cerebro, niéganse a abrir la razón”⁴².

En un contexto de crisis de identidad nacional, que venía de antes, pero que se acentuó después del Desastre de 1898, se generó otra de masculinidad, en la que hubo un profundo cuestionamiento de la figura misma del hombre español. Frecuentemente se consideró que esta quedaba en posición de inferioridad al compararla con otros modelos de hombre extranjeros. En España, ciertos modelos nacionales de hombre fueron identificados con la modernidad y con el éxito de sus respectivos países, mientras que otros, entre los que se encontró el caso español, representaban lo contrario o, al menos, la imperfección. En consecuencia, diferentes sectores buscaron con ansiedad solucionar la crisis mejorando la posición relativa del hombre español frente a otras masculinidades entendidas como superiores, a nivel retórico, pero también mediante proyectos más o menos articulados de reforma y de transformación individual y colectiva que buscaban “modernizar” y “civilizar” al hombre español⁴³. En este contexto, los anticlericales

⁴⁰ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 19 de mayo de 1923, p. 1. Esta idea se enmarcaba en un contexto más general en el que intelectuales como Unamuno relacionaban al hombre español, en general, con los hombres musulmanes, mientras que Ramiro de Maeztu les relacionaba con la mansedumbre: Nerea Aresti, “La hombría perdida en el tiempo. Masculinidad y nación española a finales del siglo XIX”, ed. por Mauricio Zabalgoitia Herrera, *Hombres en peligro. Género, nación e imperio en la España de cambio de siglo (XIX-XX)* (Iberoamericana-Vervuert, 2017), 26.

⁴¹ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 3 de octubre de 1910, p. 1. Argumentos similares también en: *El popular. Periódico político. Eco del Partido Republicano de Novelda*, 27 de agosto de 1910, p. 2.

⁴² *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 28 de febrero de 1910, p. 1.

⁴³ Nerea Aresti, “La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos”, ed. por Henar Gallego Franco, *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género* (Granada: Comares, 2018): 185-189; Nerea Aresti, “A la nación por la masculinidad. Una mirada de

desplegaron todos sus recursos para desprestigiar a la figura del hombre católico, ya que les asignaban características incívicas, irracionales y anticuadas. Según su planteamiento, los hombres piadosos eran un serio problema que dificultaba la modernización del país. Ante esta situación, la masculinidad católica experimentó un periodo delicado. Para luchar contra las críticas, los sectores católicos apostaron por un difícil y complejo proceso de redefinición de la masculinidad católica con el objetivo de hacerla respetable, a la vez que lanzaron su propio proyecto de reforma del hombre español.

LOS HOMBRES CATÓLICOS SON AFEMINADOS

Los anticlericales definieron de forma constante y repetitiva a los hombres católicos, tanto laicos como eclesiásticos, como afeminados. En ese sentido, quiero destacar que a los eclesiásticos les definieron como afeminados por la hipomasculinidad que conllevaba el celibato. Sin embargo, esto no era contradictorio con las alertas sobre que los eclesiásticos eran peligrosos sexualmente pues, como destacó reciente Mínguez para el siglo XIX, los anticlericales aseguraban que el celibato podía tener el efecto contrario al desatar las pasiones de forma incontrolable cuando se volvían incapaces de cumplir una imposición que muchos higienistas consideraban antinatural⁴⁴. Además, los hombres liberales, republicanos y socialistas se mostraron completamente contrarios al sentimentalismo piadoso y, sobre todo, a la práctica de la confesión, pues entendían que era una expresión del miedo al castigo divino y una práctica en la que otro hombre llevaba la voz cantante y tenía el control. Los anticlericales consideraban que las expresiones de emoción religiosa debilitaban la virilidad de los varones, ya que valoraban que este tipo de relación con Dios desbordaba cualquier forma de dominio sobre uno mismo y les convertían en sumisos, timoratos y cobardes. La masculinidad católica, por tanto, la caracterizaron como falta de fortaleza y de carácter. Esto convertía

género a la crisis del 98”, ed. por Mary Nash, *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género* (Madrid: Alianza Editorial, 2014): 47-74. Durante el primer tercio del siglo XX en España existieron diversos referentes y formas de entender culturalmente la “masculinidad nacional”. Sobre esto, por ejemplo: Nerea Aresti y Darina Martykánová, “Introducción. Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea”. *Cuadernos de historia contemporánea*, 39 (2017): 11-17.

⁴⁴ Raúl Mínguez, “¿Curas viriles? El padre Claret y la masculinidad sacerdotal en la España del siglo XIX”, *Ayer*, 126 (2022): 173.

a los hombres piadosos en cobardes en su forma de actuar y en blandos a la hora de gestionar sus emociones, como el miedo a la muerte y al más allá⁴⁵. Para los anticlericales, el principal problema de esta situación no era que los hombres piadosos perdiesen su virilidad, eso aseguraban que les daba igual; lo que les preocupaba era que la pérdida de virilidad de estos hombres afectase al país en su conjunto.

Para los sectores anticlericales el culto católico era algo femenino y propio de mujeres. Por ello, consideraban como afeminados a todos los integrantes varones de la Iglesia católica, sobre todo a los eclesiásticos (a pesar de que interpretaban a la vez que eran un peligro sexual), que fueron frecuentemente definidos como “afeminados mequetrefes de sacristía”⁴⁶. Este afeminamiento, además, les hacía poseedores de una debilidad poco varonil. Por ejemplo, se aseguró en la prensa que un mitin de José María Gil Robles fue “coreado por unos cuantos curas afeminados que hacían gestos y ademanes propios de la debilidad sexual que a ellos les caracteriza”⁴⁷. También resaltaron constantemente los sectores anticlericales que los curas vestían con faldas, lo cual fue interpretado como un rasgo femenino de su vestimenta que los feminizaba en su conjunto⁴⁸. Incluso, en ocasiones los anticlericales buscaron despojar al clero de toda su masculinidad, al insistir en que los eclesiásticos tenían más características propias de mujeres que de hombres:

*Usar el mandil, es pues, de hombres. Lo que quita a lo de hombres, es el hábito de vestirse constantemente por la cabeza como las mujeres; es llevar como las mujeres los pantalones debajo de las faldas; es el vegetar entre chismes de sacristía y locutorio; es el no ser hombres. ¡Qué habéis, vosotros de ser hombres, manjagranzas ensotnados, chusma perniciosa, chupalámparas indecentes!*⁴⁹.

⁴⁵ Mercedes Arbaiza, “‘Perder el miedo a Dios’. Masculinidad moderna y *emoción liberal* en España a través de relatos literarios (1900-1931)”. *Historia Social*, 100 (2021): 105-106.

⁴⁶ *El Luchador. Diario republicano*, 9 de octubre de 1916, p. 3. Ver también: *Diario de avisos de La Coruña*, 15 de abril de 1888, p. 4; *El Porvenir. Periódico republicano*, 20 de septiembre de 1903, p. 1; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 21 de abril de 1916, p. 1.

⁴⁷ *El Luchador. Diario republicano*, 1 de febrero de 1933, p. 1.

⁴⁸ *Las Circunstancias. Diario Republicano Gubernamental*, 27 de noviembre de 1904, p. 2; *La avanzada. Semanario republicano federal*, 25 de octubre de 1902, p. 3; *Gandía moderna. Periódico republicano*, 6 de abril de 1902, p. 1; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 22 de octubre de 1905, p. 3; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 12 de agosto de 1910, p. 1.

⁴⁹ *La Idea*, 21 de octubre de 1905, p. 2. En este periodo fue habitual que los medios anticlericales asignasen a los hombres piadosos, a quienes frecuentemente llamaban beatos, las características negativas que vinculaban a la figura de las beatas. Por ello, les asociaron con prácticas como el ser cotillos, pero

No obstante, dentro de los sectores anticlericales también hubo voces críticas con esta estrategia de desprestigio del clero a través de su feminización. Por ejemplo, Antonio Zozaya aseguró que a los sacerdotes no se les podía “acusar, sin maldad o mala fe, de afeminamiento”⁵⁰.

La idea de que los hombres católicos eran afeminados también fueron transmitidas desde las novelas, no solo desde la propaganda periodística. Benito Pérez Galdós fue un novelista especialmente proclive a presentar a los hombres religiosos, laicos y eclesiásticos, como afeminados. Por ejemplo, en *Ángel Guerra* (1891) Galdós describió a un hombre piadoso así:

*El que de este modo hablaba era un ser de voz atiplada y modales femeninos [...]. Llamábanle Entre todas las mujeres, sin duda por su oficiosidad relamida con el bello sexo en el servicio de la capilla de la Consolación, tan frecuentada de hembras de todas las clases sociales. Fuera de la iglesia solía servir de diversión a los chicos por su braceo afeminado y sus andares poco varoniles*⁵¹.

En *Nazarín* (1885), de forma similar, el autor definió al sacerdote protagonista como un hombre afeminado o femenino: “al pronto me pareció [una figura] de mujer. Era un hombre. La voz, que más que el rostro, nos lo declaró”⁵². Los valores y las cualidades con los que fue presentado *Nazarín* eran aquellos asociados a la feminidad en el discurso liberal burgués decimonónico⁵³. Recientemente, Ismael Souto ha interpretado y defendido que lo que hizo realmente Galdós en este texto al asociar la

también una serie de adjetivos despectivos/descalificativos de toda índole, como la maldad, la tacañería o el mal olor: *La coalición. Periódico republicano-progresista*, 1 de julio de 1902, p. 2; *Gandía moderna. Periódico republicano*, 6 de abril de 1902, p. 1; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 6 de octubre de 1903, p. 2; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 5 de julio de 1916, p. 1; *El Progreso. Diario republicano*, 20 de diciembre de 1909, p. 1.

⁵⁰ *El Luchador. Diario republicano*, 7 de julio de 1926, p. 1.

⁵¹ Benito Pérez Galdós, *Ángel Guerra*. (Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1970 [1891]), p. 445. Para un análisis de esta novela, en el que se busca profundizar en los efectos negativos que Galdós vinculaba a la asimilación, por parte de los hombres, de comportamientos dictados por la religión que eran contrarios a los intereses de la nación: Ismael Souto Rumbo, “‘Ese es tan rico que va a cantar misa’: misticismo, revolución y masculinidad en ‘Ángel de Guerra’ de Benito Pérez Galdós”. *Anales galdosianos*, 55 (2020), pp. 87-100.

⁵² Benito Pérez Galdós, *Nazarín*. (Madrid: La Guirnalda, 1895), p. 16.

⁵³ Jo Labanyi, “Representing the Unrepresentable: Monsters, Mystics and Feminine Men in Galdós's *Nazarín*”. *Journal of Hispanic Research*, 1 (1992): 233.

figura de Nazarín con rasgos femeninos era recrear una “masculinidad religiosa”⁵⁴. Sin embargo, yo no comparto estos planteamientos, pues si bien es cierto que Galdós lo que busca es describirle como modelo de masculinidad católica, no lo está haciendo para configurar un modelo a seguir por los hombres, sino que está mostrando las debilidades de este tipo de hombre y está presentándolo a sus lectores como un contramodelo. Por ejemplo, en *Nazarín* el protagonista perdona a sus agresores⁵⁵, ya que seguía la noción de que el perdón era una cualidad ideal de los hombres verdaderamente viriles, algo que fue propuesto desde las culturas católicas. Lo que ocurre es que Galdós no planteó el perdón como un rasgo masculino y de valentía como los católicos hacían, sino como un acto que mostraba debilidad y que era deshonroso. En este sentido, hay que tener en cuenta que en el discurso anticlerical y liberal de la época el honor era un concepto central para la identidad masculina porque se entendía que un agravio siempre era deshonroso y, en consecuencia, no podía pasarse por alto⁵⁶.

La idea de los sectores anticlericales acerca de que los católicos eran hombres afeminados también buscaron resaltarla cuando hacían referencia a los hombres de las organizaciones católicas más derechistas del arco político español, como los carlistas y, más adelante, los falangistas. El afeminamiento lo consideraban como algo intrínseco a su posicionamiento político, pues aseguraban que, por el hecho de pertenecer a esas organizaciones, eran fanáticos (poco racionales) y “todos ellos son de carácter afeminado”⁵⁷. Por ejemplo, cuando el gobierno radical-cedista en 1935 prohibió una manifestación convocada por organizaciones de izquierdas, la prensa anticlerical reivindicó que “no se puede cantar la viril y humana Internacional, y en cambio las damas y damitas de Estropajosa y los afeminados de F. E. [Falange] cantan el grotesco Corazón Santo”⁵⁸. Además, desde la prensa también se aseguró que, en el caso de los jaimistas, el motivo de su afeminamiento era también causa y consecuencia de estar

⁵⁴ Ismael Souto Rumbo, “¡Ay, si en vez de santo fuera hombre...!”: religión y masculinidad en Nazarín (1885)” <https://core.ac.uk/download/pdf/304707253.pdf> Consultado a 2 de febrero de 2021.

⁵⁵ Benito Pérez Galdós, *Nazarín*. (Madrid: La Guirnalda, 1895), 281.

⁵⁶ Miguel Martorell, *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*. (Madrid: Marcial Pons Historia, 2011).

⁵⁷ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 22 de junio de 1910, p. 3. Ver también: *El combate. Semanario republicano*, 1 de marzo de 1913, p. 1.

⁵⁸ *El obrero. Órgano de la Agrupación Socialista Ferrolana y defensor de la clase trabajadora*, 31 de agosto de 1935, p. 3.

enamorados de Don Jaime III, a quien consideraban el rey legítimo: “diré que merecen el calificativo de seres afeminados, por estar cacareados, destempladamente enamorados de un hombre, don Jaime”⁵⁹.

En cualquier caso, no todos los hombres vinculados con la Iglesia fueron llamados afeminados en igual medida. Especialmente atacados fueron los integrantes de la Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo y San Luis Gonzaga, llamada coloquialmente como “Los Luises”⁶⁰. Sus integrantes fueron constantemente presentados como “jóvenes afeminados”⁶¹ o “juventud de *luis*es afeminados, impregnados de todos los vicios asquerosos de los zánganos de convento”⁶². Incluso, la prensa católica criticó a los luises por considerarlos demasiado afeminados, lo cual fue recibido con regocijo en los medios anticlericales: “[Se] Les llama afeminados y llenos de ‘pachouli’. Los mismos clericales se encargan de destruirse”⁶³. Estos comentarios se hicieron en un contexto en el que, desde hacía décadas, se buscaba fomentar que las autoridades religiosas expulsasen de los seminarios a los estudiantes que mostrasen actitudes afeminadas⁶⁴.

En este contexto, muchos católicos y católicas asumieron que buena parte de los hombres piadosos eran (o estaban) afeminados. Esto se debió, en parte, a que fueron influidos por la noción difundida por los sectores anticlericales acerca de que ellos lograban hacer avances políticos y sociales, en detrimento del catolicismo, gracias a la pasividad, mansedumbre y afeminamiento de los hombres católicos. Por ejemplo, en Valencia, tras el éxito blasquista en las elecciones municipales de 1903, los anticlericales se esforzaron por difundir el mensaje de que la victoria se debió a que, mientras ellos, viriles, luchaban en la calle, los hombres católicos, pasivos y afeminados, no les pudieron hacer frente por estar ocupados cumpliendo con sus deberes piadosos: “Lo que debieron hacer los católicos el pasado domingo fue no perder

⁵⁹ *El popular. Periódico político. Eco del Partido Republicano de Novelda*, 2 de septiembre de 1911, p. 3.

⁶⁰ Carlos López Pego, *La Congregación de «Los Luises» de Madrid. Apuntes para la historia de una Congregación Mariana Universitaria de Madrid*. (Bilbao: Desclee de Brouwer, 1999).

⁶¹ *El Combate. Semanario Político Republicano*, 10 de septiembre de 1899, p. 3; *La región extremeña. Diario republicano*, 22 de agosto de 1910, p. 1.

⁶² *Unión republicana. Órgano del Partido en este distrito*, 3 de julio de 1905, p. 2.

⁶³ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 18 de enero de 1904, p. 3.

⁶⁴ Raúl Mínguez, “¿Curas viriles?...”, *op. cit.*: 175.

el tiempo en oír misa”⁶⁵. Un mensaje similar se expuso en *La región extremeña*, que, en respuesta a un artículo del *Noticiero Extremeño* en el que se llamaba a los católicos a realizar actos valientes y viriles de protesta contra las políticas religiosas de Canalejas, en tono burlón afirmó que “Resuene, sí, ese eco viril -o afeminado- en todos los ámbitos de la nación, y esperen sentados los clericales a que Dios premie sus propósitos”⁶⁶.

Los sectores anticlericales tuvieron la capacidad de conjugar en sus manifestaciones públicas un discurso que presentaba a los eclesiásticos como un peligro sexual y sentimental para las mujeres y como capaces de someter a los piadosos laicos, pero, a su vez, como hombres afeminados y de escasa virilidad. A veces, de hecho, mezclaban en el mismo argumento ambos factores. Por ejemplo, al asegurar que los curas no hacían nada en contra de las faldas cortas en las misas y en las procesiones porque tenían interés en ver las piernas de las feligresas, se indicaba también que los monaguillos no hacían nada porque eran “monagos afeminados”⁶⁷. En este sentido, es curioso el caso que ocurrió una vez en la primera página de *El Pueblo*, un diario republicano de Valencia, ya que se incluyeron dos artículos de opinión en los que cada autor sostenía de forma radicalmente diferenciada uno de los dos posicionamientos. En el primero, Carmen de Burgos, bajo el seudónimo de Gabriel Luna, aseguró que: “Conozco a los jesuitas, no directamente, que mi mano no se manchó con su contacto; los conozco en su obra, los conozco en una multitud de jóvenes afeminados que pululan por nuestros salones y que salieron de sus colegios”⁶⁸. Mientras, en un segundo artículo de opinión, en este caso anónimo, se intentó transmitir que muchos curas y religiosos embarazaban a sus feligresas y que, por tanto, eran un peligro sexual. Además, se preguntó el autor el motivo por el que una joven podía enamorarse de un eclesiástico:

lo que no se comprende es que una mujer, joven y bonita, se enamore de un cura, y mucho menos de un fraile. Ni moral ni físicamente considerados, debieran tomarse como buenos conductores del amoroso fluido, los castrados espirituales [...]. A pesar de todo, no puede negarse que la sotana y el sayal hacen estragos en el otro sexo. Es verdad que su campo de operaciones está reducido al terreno en que se mueve y agita el fanatismo religioso: a la iglesia, al confesionario. No se cuenta ni una sola querida de obispo, cura o fraile que

⁶⁵ *El Porvenir. Periódico republicano*, 15 de noviembre de 1903, p. 3.

⁶⁶ *La región extremeña. Diario republicano*, 11 de agosto de 1910, p. 2.

⁶⁷ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 7 de abril de 1920, p. 1.

⁶⁸ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 7 de septiembre de 1908, p. 1.

*no haya sido hija de María, miembro del apostolado, congregante, peregrina y frecuente comulgadora: hija de familia republicana o librepensadora, ninguna*⁶⁹.

A nadie le resultaba chocante esta diferencia de argumentos, ya que no eran contradictorios dentro del imaginario de la época. De hecho, respondían a dos estrategias completamente diferenciadas que se complementaban entre sí, en la búsqueda de conseguir el objetivo principal de desvalorizar y deslegitimar la figura del hombre católico (en este caso a los curas), pues así pensaban que tendrían más posibilidades de aplicar en España su programa político, social y religioso.

Poco a poco, como ya he señalado, el mensaje anticlerical sobre que los hombres católicos eran afeminados fue calando entre estos. Por este motivo, los católicos también definieron frecuentemente como tales a todos aquellos que no se atrevían a enfrentarse a los sectores anticlericales para defender a la religión. Como entendían que la pasividad era mayoritaria entre los hombres católicos, muchos medios se lamentaron del “espectáculo bochornoso de tantos católicos afeminados y cobardes”⁷⁰, que no luchaban de forma activa por defender al catolicismo⁷¹. A veces, incluso, fue utilizado este término como arma arrojadiza entre las diversas culturas políticas de derechas. Por ejemplo, un jaimista asignó la noción de feminizados a todos aquellos hombres católicos que no eran jaimistas, pues entendía que eran incapaces de luchar con fuerza frente a los

⁶⁹ *Ibidem*, p. 1.

⁷⁰ *La voz de Alicante*, 17 de junio de 1904, p. 1.

⁷¹ Este fue uno de los motivos que en España estimularon a los intelectuales católicos a esforzarse para remasculinizar la religión. Este proceso, que se dio de forma paralela en buena parte de los países mayoritariamente cristianos (no necesariamente católicos), tuvo causas y objetivos distintos en cada lugar. En el caso español, un elemento fundamental fue el intentar recuperar a los hombres para el catolicismo dotando de virilidad a la masculinidad católica, con el objetivo de contrarrestar las críticas que los sectores anticlericales, en su aspiración a la hegemonía, hacían de los hombres católicos. Sobre los proyectos remasculinizadores, a nivel general, véase: Yvonne Maria Werner (ed.), *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*. (Leuven: University Press, 2011); Tine Van Osselaer, *The Pious Sex: Catholic Constructions of Masculinity and Femininity in Belgium, c.1800–1940*. (Leuven: University Press, 2013); Patrick Pasture, Jan Art y Thomas Buerman (eds.), *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*. (Leuven, University Press, 2012); Tine Van Osselaer y Patrick Pasture (eds.), *Christian Homes: Religion, Family and Domesticity in the 19th and 20th Centuries*. (Leuven, University Press, 2014). Ante las acusaciones de afeminamiento también respondieron los propios eclesiásticos, para lo cual trataron de construir un modelo de masculinidad sacerdotal más viril. Para dos trabajos recién publicados que han analizado brillantemente el esfuerzo de los católicos españoles durante el siglo XIX por adaptar la figura del sacerdote a los nuevos tiempos: María Cruz Romeo, “A New Priest for a New Society? The Masculinity of the Priesthood in Liberal Spain”, *Journal of Religious History*, 45 (2021): 540-558; Raúl Mínguez, “¿Curas viriles?...”, *op. cit.*, 159-185.

ataques que la religión y la patria recibían de los anticlericales, por lo que aseguraba que los jaimistas eran aquellos quienes “no se contentaron con ser católicos y españoles afeminados”⁷². El motivo de estos planteamientos es que, muchos católicos, asumieron como una realidad la noción difundida por parte de los sectores anticlericales acerca de que ellos podían hacer avances en sus proyectos políticos y sociales gracias a la pasividad de los varones católicos. En cualquier caso, esto favoreció que entre los hombres católicos se fuese asumiendo progresivamente desde finales del siglo XIX y comienzos del XX una nueva forma de ser hombres católicos virtuosos. Ahora ya no bastaba solo con actuar como buenos piadosos en cuanto a la liturgia y a la práctica religiosa, sino que, para ser de verdad católicos virtuosos, era necesario trasladar los buenos pensamientos a la realidad actuando de forma activa y decidida para defender el modelo de sociedad y de país que conceptualizaban como ideal, no solo mediante el rezo. Todos los hombres católicos que no obraban así, en palabras del católico doctor Franco en una fecha tan temprana como 1885, eran calificados como “católicos afeminados”⁷³.

HOMBRES CATÓLICOS MANSOS Y AGRESIVOS

Los sectores anticlericales tuvieron la capacidad de mantener en su discurso una postura que presentaba a los eclesiásticos como un peligro sexual y sentimental para las mujeres, pero, a su vez, como hombres afeminados y de escasa virilidad. De forma similar, los planteamientos anticlericales también caracterizaron a los hombres católicos, eclesiásticos o seculares, como mansos y pasivos y, a la vez, como agresivos y violentos. Que se asignase, de forma simultánea, la agresividad y la cobardía a los hombres católicos, es otra muestra de la permanente (aparente) contradicción en la que estuvo inserta el discurso anticlerical en este periodo a la hora de desprestigiar la masculinidad católica.

La conceptualización anticlerical de que los hombres católicos eran afeminados tuvo la consecuencia directa de que percibieron que también eran personas pasivas y mansas. La apelación a la mansedumbre, reclamada por la Iglesia a sus fieles, era

⁷² *La Tradición. Dios, patria, rey*, 4 de octubre de 1913, p. 2.

⁷³ *El Áncora. Diario católico popular de las Baleares*, 4 de marzo de 1885, p. 2.

entendida por el catolicismo como una virtud positiva, pues implicaba la capacidad de ser abnegados, de ser humildes y, en definitiva, de saber controlar las pasiones. Sin embargo, los anticlericales la presentaron como una característica profundamente negativa para el conjunto de la nación, porque generaba una pasividad colectiva que convertía a los hombres en mansos “borregos” o “sumisos” incapaces de hacer frente a los males de la sociedad. Los anticlericales ni siquiera consideraban a los hombres católicos seculares como capaces de recriminar a los propios eclesiásticos que no obraban de forma adecuada y/o ejemplar⁷⁴. Esto se debía, aseguraban los sectores anticlericales, a que los hombres católicos pensaban que obrando de esta manera entrarían al Paraíso al morir:

*Es necesario mantener en esta creencia a los que callan ante las injusticias, los que con mansedumbre sufren todas las penalidades, los que resignados aguantan todas las inquinas, todas las amarguras, todas las miserias, cuanto de adverso puede coger en el humano ser. Y para los católicos es tanto mejor el hombre cuanto más humilde se manifiesta, cuanta más dejación hace de su personalidad [...]. Bien es verdad que cuantas más privaciones sufren aquí, más adelantado llevan el camino que ha de conducirles a donde moran eternamente los mansos bienaventurados*⁷⁵.

La supuesta pasividad y la cobardía de los hombres católicos, tanto laicos piadosos como religiosos, fue presentada por los sectores anticlericales como una característica ligada a su afeminamiento⁷⁶. Esta idea inundó los artículos de corte político, pero también los textos literarios: “Este tipo afeminado / o ratón de sacristía, / nos muestra su valentía / queriendo escurrir el bulto”⁷⁷. Los sectores anticlericales también utilizaron el argumento de la cobardía de los hombres católicos como un arma arrojada en el terreno político, especialmente en el periodo republicano, con el aumento de la conflictividad política. Por ejemplo, en la crónica de un mitin de José María Gil Robles en Orihuela en 1933, que intentaron evitar algunos republicanos, se

⁷⁴ Por señalar tres ejemplos del mismo año: *El Radical. Diario republicano*, 2 de marzo de 1909, p. 1; *La Región cántabra. Semanario republicano democrático federal de intereses regionales de Cantabria*, 8 de mayo de 1909, p. 2; *El Radical. Diario republicano*, 3 de diciembre de 1909, p. 1.

⁷⁵ *Béjar nueva. Periódico republicano. Órgano de la Coalición republicano-socialista*, 7 de junio de 1913, p. 2.

⁷⁶ *La región extremeña. Diario republicano*, 5 de septiembre de 1894, p. 1; *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 7 de mayo de 1915, p. 2; *La región extremeña. Diario republicano*, 22 de agosto de 1910, p. 1.

⁷⁷ *El combate. Semanario republicano*, 15 de marzo de 1913, p. 2.

aseguró que a causa de esta actuación se produjo un enfrentamiento entre, por un lado, la feminidad, la vejez y la cobardía y, por otro lado, la virilidad, la juventud y la valentía. Entonces, fruto de esta dicotomía, se expuso que hubo un enfrentamiento verbal y que después: “Un simple trueno que alarma. Tumulto, miedo y huida en pandilla de los ‘bravos creyentes’”⁷⁸. Tan cobardes se les representaba que desde un periódico socialista se afirmó que en las procesiones los católicos ponían a niños al frente para que hiciesen de barrera ante cualquier altercado: “el objetivo de esto es que las criaturitas sean la escolta de los mayores, ante el temor de que alguien tratara de hacer alguna demostración hostil, pues suponen lógicamente que ante los niños se detendrían los perturbadores”⁷⁹. Con un espíritu similar, el católico anticlerical Canalejas aseguró que estaba recibiendo amenazas de miles de católicos, ante lo que afirmó que “Si me amenazan con la fuerza, sepan que tengo más valor, más fuerza, más energía y más corazón que ellos [...]. Las manos que nos dirigen no son femeninas [insinuando que las de los clericales sí], sino de hombres fuertes y varoniles”⁸⁰.

Sin embargo, a la vez, también de forma habitual, los anticlericales representaron a los hombres católicos como personas violentas y agresivas. Muchas veces aseguraban que las acciones de los hombres católicos hacia los republicanos y anticlericales ponían en riesgo su integridad física e incluso sus vidas⁸¹. Por ejemplo, se afirmó que “No hace mucho tiempo el cura [de Picassent] y un pariente suyo dando ejemplo de cristiana caridad, soliviantaron los ánimos de los beatos, y recibieron a pedradas a los individuos de la Juventud Republicana de Valencia que intentaban celebrar en Picassent una reunión de propaganda”⁸². Asimismo, algunos relatos de la prensa de izquierdas, al referirse a los habituales enfrentamientos violentos que se produjeron durante el primer tercio del siglo XX entre clericales y anticlericales, mezclaron ambos factores. Por ejemplo, retrataron la figura de los hombres católicos

⁷⁸ *El Luchador. Diario republicano*, 1 de febrero de 1933, p. 1. Para una crónica similar: *El Popular. Órgano local del partido socialista*, 30 de abril de 1934, p. 4. La dicotomía presentada desde los sectores anticlericales, en la que sus actos eran presentados como justos y viriles, frente a los sectores que definían como clericales, a los que retrataban como cobardes y desfados, fue una retórica muy habitual durante todo el primer tercio del siglo XX: *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 26 de marzo de 1909, p. 1.

⁷⁹ *Heraldo de Toledo. Periódico Socialista Independiente*, 28 de abril de 1934, p. 4.

⁸⁰ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 30 de julio de 1910, p. 3.

⁸¹ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 10 de febrero de 1904, p. 1.

⁸² *La Autonomía. Diario republicano*, 11 de marzo de 1897, p. 1.

incluyendo rasgos afeminados, incluso cuando se les quería presentar como agresivos: “La nota cómica de este incidente la dio un cura que huyendo sacaba de vez en cuando piedras del interior de la sotana y con ademanes femeninos las arrojaba hacia donde estaban los republicanos”⁸³.

CONCLUSIONES

En las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras de la centuria siguiente, los sectores anticlericales desplegaron en España un doble discurso sobre los hombres católicos, en especial de los eclesiásticos, pero también de los laicos, que los presentaba como personas con rasgos femeninos y poco viriles y, a la vez, como peligros sexuales (en el caso de los eclesiásticos) y como agresivos. A pesar de la apariencia, ambas caracterizaciones no solo no eran contradictorias, sino que eran complementarias y respondían al mismo objetivo de desvalorizar y deslegitimar la figura del hombre católico, pues los anticlericales pensaban que si lo lograban tendrían más posibilidades de aplicar en España su programa político, social y religioso. Por tanto, lo que en última instancia estaba en pugna cuando se abordaban estas cuestiones era el poder político y la construcción de un modelo específico de nación. Lo que estos postulados reflejaban, además, era la preocupación de los hombres anticlericales por que los curas controlasen a las mujeres de su familia. Entendían que la influencia del clero sobre las mujeres implicaba poner coto a la autoridad y a la masculinidad de los cabezas de familia, que quedaban relegados y a merced de los sacerdotes.

Los anticlericales consideraban que los hombres católicos, al tener a Dios y a los eclesiásticos como una autoridad por encima de ellos, no tenían una autoridad plena sobre su familia y sobre su hogar, lo que provocaba que tuviesen más dificultades para establecer su autoridad moral y sexual sobre sus mujeres. Al menos en el plano retórico, los hombres anticlericales se mostraron dispuestos a hacer todo lo posible para que esto no ocurriese también en sus familias. Al fin y al cabo, mientras ellos se percibían como seres inteligentes y racionales, aseguraban que los hombres piadosos eran personas

⁸³ *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, 3 de octubre de 1910, p. 1.

irracionales, de escasa inteligencia y demasiado sentimentales y afeminados como para tratar de evitar esta pérdida de autoridad en el hogar.

Entre los ataques del anticlericalismo hacia los hombres católicos, uno de los más repetidos fue la aseveración de que estos eran personas completamente irracionales. La consecuencia de esta situación, según el discurso anticlerical, era que condenaban a España a un atraso civilizatorio. En el contexto de las primeras décadas del siglo XX, en el que hubo una crisis de identidad nacional y otra de masculinidad y en el que se estaba debatiendo internamente si España era un país tan civilizado como los países del entorno, los anticlericales intentaron transmitir el mensaje de que los hombres piadosos dificultaban o impedían esta identificación.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, José. *El emperador del paralelo: Lerroux y la demagogia*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- Arbaiza, Mercedes. “‘Perder el miedo a Dios’. Masculinidad moderna y emoción liberal en España a través de relatos literarios (1900-1931)”. *Historia Social*, 100 (2021): 95-116.
- Aresti, Nerea. “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98”. En *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*, editado por Mary Nash, 47-74. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- . “La hombría perdida en el tiempo. Masculinidad y nación española a finales del siglo XIX”. En *Hombres en peligro. Género, nación e imperio en la España de cambio de siglo (XIX-XX)*, editado por Mauricio Zabalgoitia Herrera, 19-38. Iberoamericana-Vervuert, 2017.
- . “La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos”. En *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, editado por Henar Gallego Franco, 185-189. Granada: Comares, 2018.
- Aresti, Nerea y Darina Martykánová. “Introducción. Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea”. *Cuadernos de historia contemporánea*, 39 (2017): 11-17.
- Blasco, Inmaculada. “¿Re-masculinización del catolicismo? Género, religión e identidad católica masculina en España a comienzos del siglo XX”. En *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, editado por Inmaculada Blasco, 115-136. Valencia: Tirant humanidades, 2018.

- Delgado, Manuel. *Las palabras de otro hombre: anticlericalismo y misoginia*. Barcelona: Muchnik, 1993.
- Dufour, Gérard. *Clero y sexto mandamiento. La confesión en la España del siglo XVIII*. Valladolid: Ámbito, 1996.
- Ehremburg, Iliá. *España, república de trabajadores*. Madrid: Gijón, 1976 [1932].
- Ford, Caroline. *Divided houses. Religion and gender in modern France*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2005.
- Gómez Lozano, Elena. *Las misiones populares en Navarra (1863-1923)*. Tesis Doctoral, Universidad Pública de Navarra, 2018.
- González Marmolejo, Jorge René. *Sexo y confesión. La Iglesia y la penitencia en los siglos XVIII y XIX en la Nueva España*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés, 2002.
- González Rincón, Manuel. “La crítica sexual anticlerical en el Apókopos de Bergadís: la *Sollicitatio* durante la confesión”. *Byzantion nea hellás*, 29 (2010): 113-133.
- Haliczer, Stephan. *Sexualidad en el confesionario (un sacramento profanado)*. Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Labanyi, Jo. “Representing the Unrepresentable: Monsters, Mystics and Feminine Men in Galdós's *Nazarín*”. *Journal of Hispanic Research*, 1 (1992): 225-238.
- . *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 2000.
- Litvak, Lily. *Antología de la novela corta erótica española de entreguerras. 1918-1936*. Madrid, Clásicos Taurus, 1993.
- López Bago, Eduardo. *El cura (caso de incesto)*. Madrid, Juan Muñoz y Compañía, 1885.
- López Pego, Carlos. *La Congregación de «Los Luises» de Madrid. Apuntes para la historia de una Congregación Mariana Universitaria de Madrid*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999.
- López Ridauro, Cecilia. “Frailes y curas libidinosos en la antigua lírica popular hispánica”. *Revista de Literaturas populares*, 14 (2014): 385-412.
- Martorell, Miguel. *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2011.
- Mínguez, Raúl, “¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica”. *Historia contemporánea*, 51 (2015): 397-426.
- . “¿Curas viriles? El padre Claret y la masculinidad sacerdotal en la España del siglo XIX”, *Ayer*, 126 (2022): 159-185.

- Pasture, Patrick, Jan Art y Thomas Buerman (eds.). *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*. Leuven, University Press, 2012.
- Pérez Galdós, Benito. *Ángel Guerra*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1970 [1891].
- . *Nazarín*. Madrid: La Guirnalda, 1895.
- Pérez Ledesma, Manuel, “Studies on Anticlericalism in Contemporary Spain”, *International Review of Social History*, 46 (2001): 227-255;
- . “José Nakens (1841-1926): pasión anticlerical y activismo republicano”. En *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, editado por Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma, 301-330. Espasa Calpe, 2000.
- Romeo, María Cruz. “El otro género de la religión: masculinidad católica en la España isabelina”. En *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, editado por Inmaculada Blasco, 69-91. Valencia: Tirant humanidades, 2018.
- . “A New Priest for a New Society? The Masculinity of the Priesthood in Liberal Spain”, *Journal of Religious History*, 45 (2021): 540-558.
- Salomón, Pilar. “El discurso anticlerical en la construcción de una identidad nacional española republicana (1898-1936)”. *Hispania Sacra*, 54 (2002): 485-497.
- . “Beatas sojuzgadas por el clero: la imagen de las mujeres en el discurso anticlerical en la España del primer tercio del siglo XX”. *Feminismo/s*, 2 (2003): 41-58.
- . “‘Armémonos de valor; y por Dios y por la Patria, adelante’: Definir una masculinidad para la regeneración nacional católica finisecular”. En *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, editado por Inmaculada Blasco, 93-113. Valencia: Tirant humanidades, 2018.
- Sanabria, Enrique A. *Republicanism and Anticlerical Nationalism in Spain*. New York: Palgrave MacMillan, 2009.
- Sanfeliu, Luz. “Ser hombre, ser ciudadano: identidades masculinas en el blasquismo”. *Millars: Espai i historia*, 32 (2009): 53-69.
- Sanz Ferreruela, Fernando. “El confesor, de los hermanos Baños (1920): un singular tratamiento de lo religioso en el cine mudo español”. *Artigrama: Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 18 (2003): 609-640.
- Sarrión Mora, Adelina. *Sexualidad y confesión. La solicitud ante el Tribunal del Santo Oficio (siglos XVI-XIX)*. Madrid: Alianza Universidad, 1994.

- Souto Rumbo, Ismael. “‘Ese es tan rico que va a cantar misa’: misticismo, revolución y masculinidad en ‘Ángel de Guerra’ de Benito Pérez Galdós”. *Anales galdosianos*, 55 (2020): 87-100.
- . “¡Ay, si en vez de santo fuera hombre...!”: religión y masculinidad en Nazarín (1885)” <https://core.ac.uk/download/pdf/304707253.pdf> Consultado a 2 de febrero de 2021.
- Van Osselaer, Tine. *The Pious Sex: Catholic Constructions of Masculinity and Femininity in Belgium, c.1800–1940*. Leuven: University Press, 2013.
- Van Osselaer, Tine, y Patrick Pasture (eds.). *Christian Homes: Religion, Family and Domesticity in the 19th and 20th Centuries*. Leuven, University Press, 2014.
- Vázquez-García, Francisco. “La emergencia del «cura pederasta» y la batalla por la escuela en la España finisecular. El caso del escolapio Doroteo (Pamplona, 1899)”. *Recherches & éducations*, 19 (2018): s/p.
- . “La campaña contra los sacerdotes pederastas (1880-1912): un ejemplo de «pánico moral» en la España de la Restauración”. *Hispania: Revista española de historia*, 78, 260 (2018): 759-786.
- . “La patologización del celibato en la medicina española (1820-1920)”. *Asclepio: Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, 70 (2018): 231.
- Werner, Yvonne Maria (ed.). *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*. Leuven: University Press, 2011.